

## **Domingo Vigésimo Séptimo del Tiempo Ordinario A**

### **“Envío sus criados a los labradores para percibir los frutos”**

Tanto la “canción de la viña” de la primera lectura como la parábola del Evangelio invitan a hacer una revisión de nuestra vida, de nuestras relaciones con Dios, con los demás y con la realidad que nos rodea como seguidores de Jesús.

Ser cristiano no es solamente ser una buena persona, cumplir unos mandamientos, rezar a Dios, tenerle contento para ir al cielo, asistir a unos ritos. Es algo más. Jesús nos dice: “Vosotros sois la sal de la tierra.... Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5, 13 – 14). Como cristianos, además de ser buenos, tenemos la responsabilidad de hacer una sociedad mejor, construir el Reino de Dios. Este es el fruto de que habla la parábola, y que el dueño de la viña quiere percibir a su tiempo.

El poema de Isaías, que canta la ternura y el mimo con que el dueño enriquece y cuida la viña, y que luego no produce frutos, la parábola de Jesús que está en la misma línea, es un reproche a la obstinación e incredulidad del pueblo de Israel y de sus sacerdotes y guías que no fueron fieles a los planes de Dios quedándose en el mero cumplimiento, no dando el fruto verdadero, y llegando, incluso a matar al Hijo y desechar la piedra angular. Por eso “se os quitará a vosotros el Reino de los Cielos y se dará a un pueblo que produzca sus frutos.”

Sería muy cómodo aplicar la lección a Israel y a su infidelidad. Y nosotros, los cristianos de hoy, ¿cómo nos portamos? ¿No somos viñadores descuidados, infieles, estériles, que frustramos los planes de Dios? ¿De veras sabemos reconocer en la práctica a Cristo como la piedra angular de nuestra fe? ¿Creemos de veras en Él, en su Evangelio, aceptando su criterio de vida como nuestro, o nos contentamos con ser meros “cumplidores” de unas normas, manteniéndonos muy lejos del verdadero espíritu de la ley? Nos podemos “acostumbrar” a ser cristianos sin dar los frutos verdaderos que Dios espera de nosotros.

La historia de la viña supone un reto para todos nosotros los creyentes. El “bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto..... He bajado para liberarle de la mano de los egipcios” (Ex 3,7-8), y la lástima que siente Jesús al ver mucha gente que andaban como ovejas sin pastor (cfr. Mc 6, 34), es todo un basto campo para trabajar desde nuestro compromiso cristiano, ya que tenemos que ser testigos del que es fundamento de toda justicia y esperanza humana. ¿En nuestros rezos y prácticas piadosas pretendemos comprometer a Dios en nuestros intereses o

dejamos que Él nos comprometa en sus designios amorosos sobre su viña? Hemos de orar para saber responder a Dios.

Es clara y exigente la llamada de los textos de la Palabra de Dios. Nos pide una revisión seria de nuestra actitud cristiana. Lo hemos recibido todo, hemos sido cuidados amorosamente por Dios, y lógicamente se nos pide una respuesta que no es otra que poner todas nuestras posibilidades al servicio de la construcción del Reino. Muchas veces nuestra respuesta de cara a Dios y de cara a los hombres ha sido deficiente, construyéndonos una religión a nuestra medida. Eso es echar al Hijo de nuestra vida y hacer oídos sordos a su llamada.

Cuantas veces celebramos la Eucaristía nos reunimos y brindamos con el mejor de los vinos por la Nueva Alianza en la sangre de Cristo. Pero debemos ser conscientes de que Cristo no le falla nunca al Padre, ni a nosotros, que sí podemos fallarle. Por eso es necesario que escuchemos atentamente la Palabra de Dios, no como palabra de otros tiempos y para otros hombres, sino como palabra dirigida a nosotros que somos hoy os trabajadores de la viña del Señor.

**Joaquin Obando Carvajal**